



La condesa Lucrecia, Srta. Amalia Sánchez
Cliché Gombau

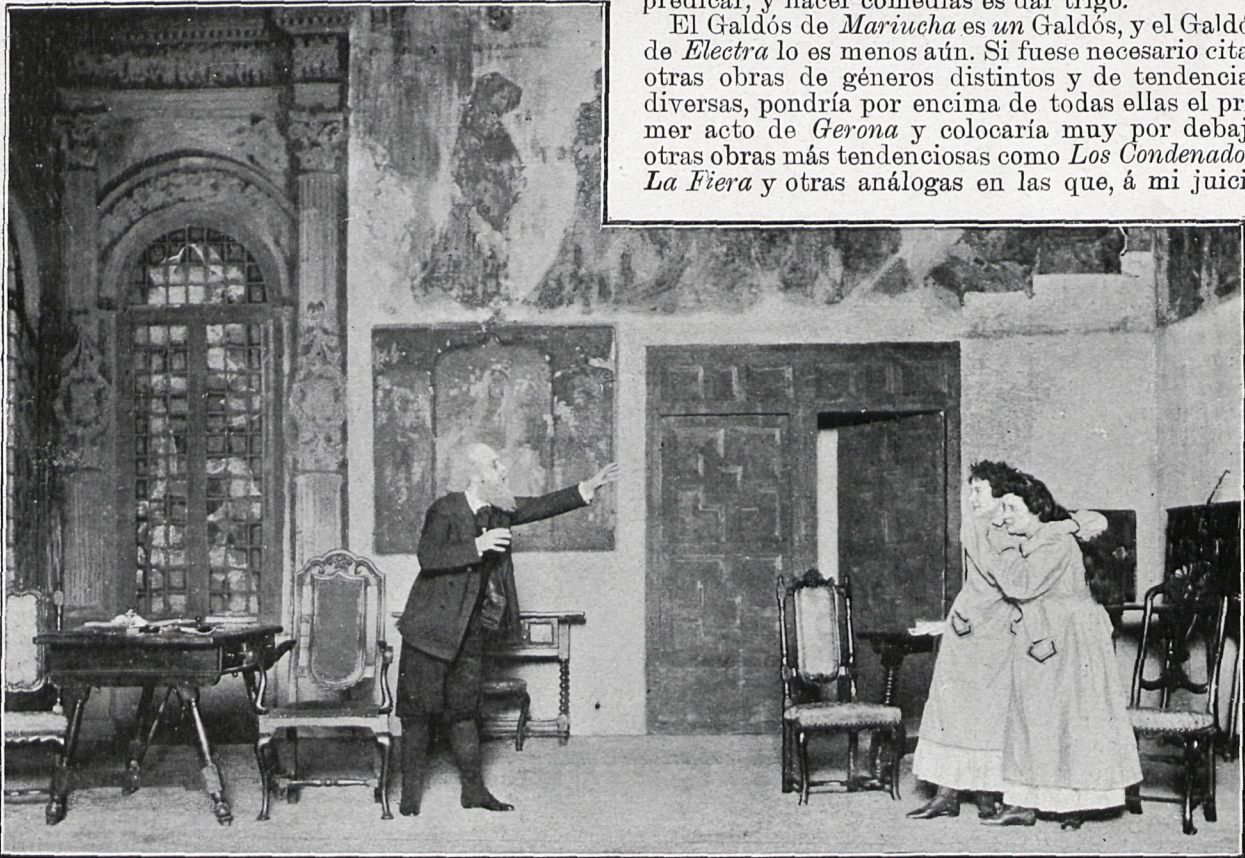
que confesarlo por lamentable que sea, que en aquellas protestas entró por mucho, si no por todo, un sentimiento que nada tiene que ver con la estética peculiar de las obras dramáticas: un falso sentimiento de la moral, contra el cual ya formuló Claudio Bernard una sentencia que fué tomada como lema de sus obras por un novelista español. Al público no le disgustaron aquellas escenas por demasiado sintéticas ni por demasiado analíticas, sino pura y simplemente porque van contra la moral al uso que manda ocultar las llagas sociales, aunque por ocultas jamás puedan ser curadas.

En esto, como en casi todo, Galdós tiene también razón contra el público; pero de ello no hay para qué hablar, porque tal escollo sólo se encuentra en la primera obra dramática de Galdós, en las demás ha tenido de él cuidadosamente y esa sería prueba suficiente, si por acaso fuese necesario demostrarlo, de que tales cosas no eran, ni mucho menos, elemento principal de la dramática galdosiana.

Los demás, los que, á juicio de los críticos cortos de vista, eran obstáculo infranqueable para que el novelista se convirtiera en autor dramático si se han conservado á través del tiempo y del espacio, y en *El abuelo*, la última obra que de Galdós hemos visto en escena, aparecen sin modificación alguna; dando el resultado que los galdosistas convencidos tuvieron desde el primer momento por indiscutible.

El procedimiento es, en efecto, el mismo en ambas obras, y el novelista ha triunfado en el teatro Español precisamente por novelista, por no acordarse tanto como en otras obras de que la opinión absurda de los que piensan que hacer novelas es predicar, y hacer comedias es dar trigo.

El Galdós de *Mariucha* es un Galdós, y el Galdós de *Electra* lo es menos aún. Si fuese necesario citar otras obras de géneros distintos y de tendencias diversas, pondría por encima de todas ellas el primer acto de *Gerona* y colocaría muy por debajo otras obras más tendenciosas como *Los Condenados*, *La Fiera* y otras análogas en las que, á mi juicio



ACTO SEGUNDO.—El conde de Albrit, Sr. Díaz de Mendoza.—Nell, Srta. Colorado.—Dolly, Srta. Suárez
Fot. Campúa

por lo menos, Galdós ha dejado en lo posible para él de ser personal por preocuparse demasiado buscando tendencias y orientaciones extrañas.

Para mí *El Abuelo* y *Realidad*, los dos dramas de Galdós que nacieron novelas, son con mucho superiores á los demás dramas de Galdós, escritos con la vista puesta en las candilejas y el juicio del público respecto á la primera de esas dos obras; la representada en el Español, es la prueba más clara y evidente de que el sistema analítico no es ni mucho menos tan extraño al teatro como siguen pensando los que aún no se han enterado bien de que existe el teatro de análisis.

Lo que sí hay es que en *El abuelo* el análisis se disimula más; pero él existe, y siento mucho no tener ahora tiempo y espacio para demostrarlo. Otra vez será.

ALEJANDRO MIQUIS

"EL ABUELO", COMEDIA

Al bosquejar Galdós su novela *El Abuelo* hizolo pensando en darle la forma teatral que facilitaría después su paso á la escena, y al verla vivir con la vida que le han dado los actores del Español, lo mismo el dramaturgo insigne que cuantos asistían á los ensayos comprendieron que el autor no tendría nada que enmendar al novelista.

El Abuelo ha pasado del libro al teatro sin otras modificaciones que la supresión de algunas escenas, y de algunas líneas, y aun esto no porque se juzgara innecesario lo suprimido, sino porque resultando excesivamente larga la obra en relación á lo que debe durar el espectáculo se hizo indispensable aligerar un poco.

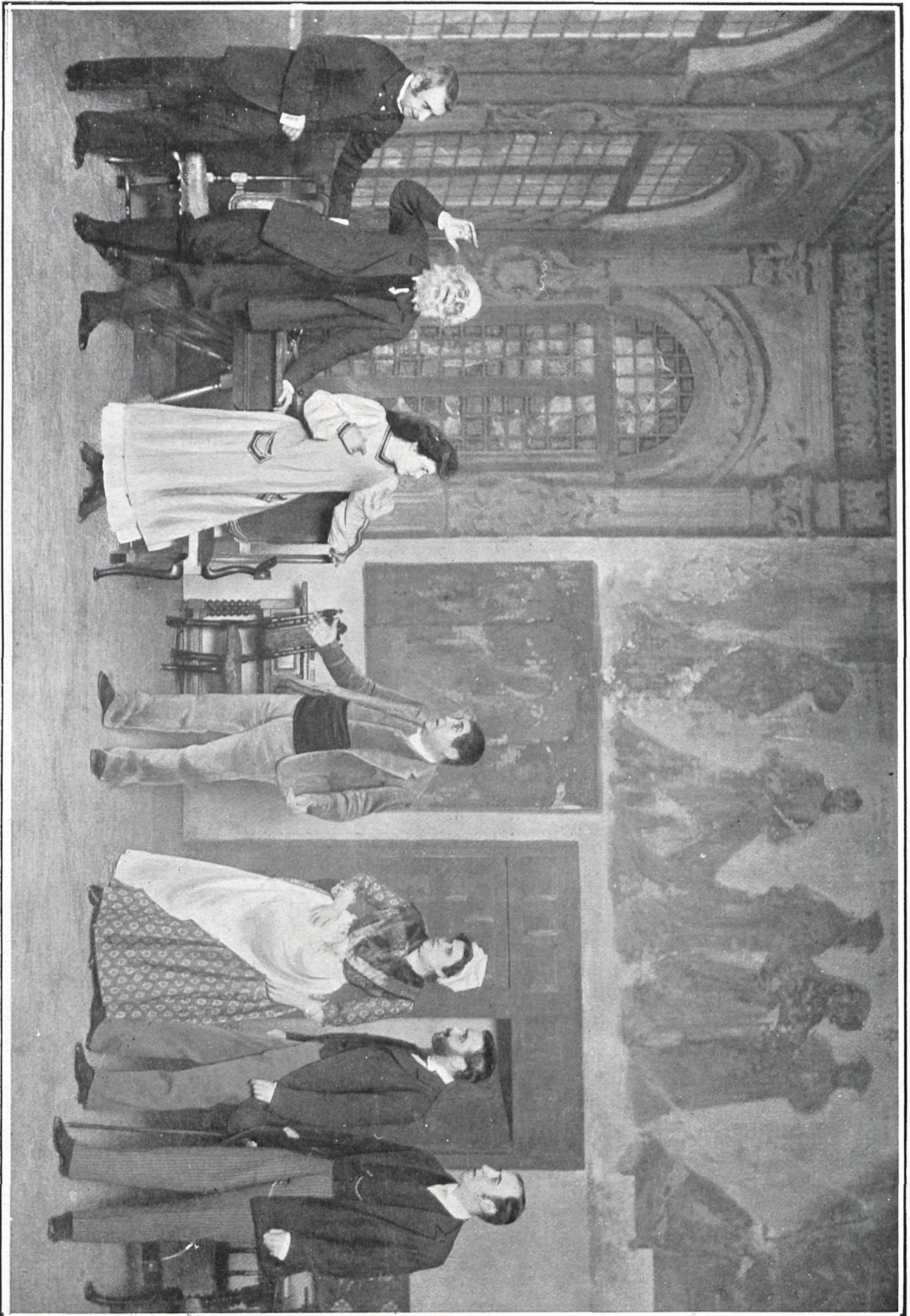
Sería preciso cotejar el original del libro con el de la comedia para poder apreciar las supresiones, pues viendo la representación no se echa de menos ningún incidente culminante. En cambio las hermosas figuras creadas por Galdós adquieren en la escena el aspecto de vida y el sabor de realidad que



Dolly, Srta. Suárez.—La condesa, Srta. Sánchez.
Nell, Srta. Colorado Cliché Gombau



ACTO TERCERO.—Dolly, Srta. Suárez.—El conde de Albrit, Sr. Mendoza.—Nell, Srta. Colorado.—Gregoria, Srta. Cancio.—Venancio, Sr. Cirera.—D. Pio Coronado, Sr. Carsi
Fot. Campúa



ACTO CUARTO.—*D. Pío Coronado, Sr. Cansi.—El conde de Albrit, Sr. Mendozá.—Dolly, Srta. Sháarez.—Venancio, Sr. Chirera.—Gregoria, Sra. Cancio.—El médico, Sr. Mata.*
El alcalde, Sr. Juste

Fot. Campaña



FERNANDO DIAZ DE MENDOZA, EN "EL ABUELO"
DIBUJO DE DURA

no pueden ofrecer en las páginas de la novela.

El conde de Albrit, cuyo arrogante cuerpo no han podido abatir las amargas pesadumbres que sobre él han caído, noble, soberbio en su pobreza, aparece con todo el vigor del robusto trazo con que lo creara el autor insigne.

La duda que tortura su cerebro, conflicto que sirve de asunto á la novela, adquiere mayor interés al observarla encarnada en aquella figura venerable.

Comienza la acción del drama en el momento en que el conde regresa del viaje que emprendió estimulado por la esperanza de rehacer una pequeña parte de su fortuna, teniendo que añadir un nuevo y terrible desengaño á los pesares que le afligen. Su pobreza al entrar en la Pardina, la posesión espléndida en que vió la luz y que formó parte de su extenso patrimonio, es absoluta y de ella y de los dolores que le abruma va á buscar consuelo en el cariño de sus nietas Dolly y Nell que confiadas por la veleidad de su madre á los cui-



D. Pío Coronado, Sr. Carsi
Clichés Gombau

velada de sus ojos, no ofrecen rasgos bastante distintos para establecer la identidad, el timbre de sus voces es igualmente dulce y del mismo modo hace latir su corazón. Únicamente sus caracteres se diferencian algo, pero no lo bastante para servir de prueba decisiva. Dolly es más traviesa, menos reflexiva que Nell, pero ambas tienen sentimientos nobles. Muestra la primera un carácter más independiente y es más aficionada á disfrutar los dones de la naturaleza, á correr por el campo, á saturarse de la alegría del aire libre, en tanto que la segunda manifiesta predilección por una vida más reposada, gusta más del estudio y sucumbe más fácilmente á los pueriles temores femeninos y á las conveniencias sociales que impone la educación.

¿Cómo fundar en estas diferencias una conclusión acertada? El conde conságrase exclusivamente á observar, pero sus observaciones no le proporcionan la clave del enigma.

Cuando á medida que pasa el tiempo puede precisar los asgos



La condesa Lucrecia, Srta. Sánchez

dados de los sirvientes que á la sazón aparecen propietarios de la Pardina, viven sin penas ni cuidados. En el cerebro del noble viejo líbrase la lucha que determina el convencimiento que tiene de que una de las niñas, no sabe cual, no es su nieta, sino que, fruto viviente del adulterio de que Lucrecia, la esposa de su hijo, hizo víctima á éste, usurpa el puesto en su familia y en su corazón.

Las ideas que acerca de la pureza de la sangre, del brillo de la estirpe, tiene el conde de Albrit, hacen imposible la admisión de la intrusa, por la que experimenta una repulsión instintiva á la que se une el odio que inspira á su conciencia el fruto de la falta que patentiza la traición á que sucumbió su infortunado hijo.

La idea fija del noble anciano es descubrir cual de aquellas dos encantadoras criaturas es su nieta. Las facciones de una y de otra, que apenas entrevee la luz



La condesa, Srta. Sánchez, en el último acto

que caracterizan á una y otra, su razón se inclina á creer que la nieta legítima es Nell. Descúbrense en ella inclinaciones que él juzga propias de la que lleva en sus venas la sangre pura de los Albrit, descendientes de reyes, de limpio linaje é inmaculada estirpe. Dolly es más plebeya en sus gustos, más humilde en sus aspiraciones, más indiferente al orgullo de raza. Además, el amante de la condesa era un pintor bohemio de origen modestísimo, de escasa cultura y que sólo á sus facultades artísticas debió la personalidad y la fama que conquistó. Dolly muestra afición á la pintura y presenta indudables disposiciones que á Nell le han sidonegadas por la naturaleza. Este dato confirma en el ánimo del conde la creencia nacida de sus observaciones constantes de que Dolly es la falsa.

Pero al propio tiempo, y como para desmentir su juicio y sumirle nuevamente en la incertidumbre que le tortura, nota que el cariño de Dolly hacia él es más grande, tanto que mientras Nell se siente atraída, con fuerza más poderosa que el cariño hacia su abuelo, por los esplendores de la vida del gran mundo con que le brinda su madre, Dolly prefiere consagrar su juventud al cuidado del ancianito, á endulzar sus amargas soledades con el cariño que por él siente, sin que en su ánimo ejerzan el influjo poderoso que en el de su hermana ejercen los esplendores de la vida aristocrática y brillante.

Con el terror natural en quien profesa las ideas del conde, en quien juzga que la limpieza de sangre es el fundamento de todas las virtudes, observa el de Albrit este hecho que amenaza dar al traste con sus creencias sumiéndole en el caos de nuevas y más atormentadoras dudas.

Porque en su obsesión, el de Albrit no puede suponer siquiera que la hija bastarda, el fruto del delito, pueda tener más nobles, más elevados sentimientos que la que al heredar su nombre, con la pureza de la sangre debió heredar todas las virtudes.

Con la incontrastable fuerza de los hechos, su

observación constante demuestra que se equivoca.

Los moradores de Polán, la aldea en que está en clavada la finca que fué de los Albrit, festeja la llegada de la nuera del conde. El alcalde ha organizado una fiesta en el Ayuntamiento, de la que ha de ser protagonista la condesa, y á la que deben asistir sus dos hijas.

Una escena violenta á que dá ocasión la sordidez de los antiguos sirvientes del anciano, hoy dueños de la Pardina, que no tanto por caridad como por falta de valor para resistir, tienen recogido al ilustre menesteroso, provoca la legítima indignación y aumenta la amargura de éste.

Sin cuidar tanto del profundo abatimiento en que sume al conde la convicción de la ingratitud de los que fueron sus servidores, como de disfrutar de la diversión que le brinda la fiesta, Nell se dispone á marchar é invita á su hermana. Pero ésta, que prefiere endulzar con su cariño las tristezas del abuelito de quien por noble impulso de su corazón se constituye en defensora, se niega á ir para consagrarse al cuidado, á las atenciones que los demás le niegan.

Aferrado á sus rancios principios el de Albrit no quiere ver en esto la negación absoluta de sus creencias y prefiere sumir su

espíritu en la incertidumbre que antes le atormentara, acariciando la esperanza de que, no obstante los indicios en que fundó su presunción, es Dolly su verdadera nieta, Dolly cuya energía, cuya generosidad, cuya virtud, cuyos sentimientos elevados delatan su nobleza.

—¡Si fuera Dolly!—esclama el de Albrit acariciando la mentira que alegra su espíritu porque sin destruir sus arraigadas creencias constituía su felicidad.

Dolly es, sin duda, porque Dolly le adora, porque la niña no tiene más aspiración ni experimenta otro deseo que serle grata, conquistar su cariño, hacer más dichosas las horas de su amarguísima vejez.

Y como la suposición de que no sea tortura al



ACTO CUARTO.—El conde de Albrit, Sr. Díaz de Mendoza.—Senén, Sr. Soriano Biosca
Fot. Campúa